

CAPÍTULO III.

De la verdadera paz, amor de Dios y union de Cristo, que nace de la oracion unitiva y llama la Esposa beso de la boca de Dios.

*Béseme con el beso de su boca.*

¡Oh Santa Esposa! vengamos á lo que vos pedís, que es aquella santa paz que hace aventurar al alma á ponerse á guerra con todos los del mundo, quedándose ella con toda seguridad pacífica. ¡Oh qué dicha tan grande será alcanzar esta merced! Pues es juntarse con la voluntad de Dios, de manera que no hay division entre Él y ella, sino que sea una mesma voluntad, no por palabras, no por solos deseos, sino puesto por obra; de manera que en entendiendo que sirve más á su Esposo en una cosa, haya tanto amor y deseo de contentarle, que no escuche las razones que le dará el entendimiento ni los temores que le porná, sino que deje obrar la fe, de manera que no mire provecho ni descauso, sino acabe ya de entender que en esto está todo su provecho.

Pareceros há, hijas, que eso no va bien, pues es tan loable cosa hacer las cosas con discrecion: habeis de mirar un punto, que es entender que el Señor (á lo que vos podeis entender, digo que cierto que no se puede saber) oido ha vuestra peticion de

*besaros con beso de su boca.* Que si esto conoceis por los efectos, no hay que detenernos en nada, sino olvidaros de vos por contentar á tan dulce Esposo. Su Majestad se da á sentir á los que gozan de esta merced con muchas muestras. Una es menospreciar todas las cosas de la tierra, estimarlas en tan poco como ellas son, no querer bien suyo, porque ya tienen entendido su vanidad: no se alegrar sino con los que aman á su Señor: cánsale la vida: tiene en la estima las riquezas que ellas merecen, otras cosas semejantes á estas que enseña el que las puso en tal estado. Llegada aquí el alma, no tiene que temer, sino es si no ha de merecer que Dios se quiera servir de ella en darla trabajos y ocasion para que pueda servirle, aunque sea muy á costa. Así que aquí, como he dicho, obra el amor y la fe, y no se quiere aprovechar el alma de lo que la enseña el entendimiento. Porque esta union que entre el Esposo y la Esposa hay, la ha enseñado otras cosas, que él no alcanza y traele debajo de los piés. Pongamos una comparacion para que lo entendais. Está un cautivo en tierra de moros, éste tiene un padre pobre, ó un grande amigo, y si éste no le riscata no tiene remedio; y para haberle de riscatar no bastó lo que tiene, sino que ha él de ir á servir por él. El

grande amor que le tiene, pide, que quiera más la libertad de su amigo que la suya; mas luégo viene la discrecion con muchas razones; y dice que más obligado es á sí, y podrá ser que tenga él ménos fortaleza que el otro, y que le hagan dejar la fe, que no es bien ponerse en este peligro, y otras muchas cosas. ¡Oh amor fuerte de Dios! ¡Y cómo no le parece que ha de haber cosa imposible á quien ama! Oh dichosa alma que ha llegado á alcanzar esta paz de su Dios, que esté señoreada sobre todos los trabajos y peligros del mundo, que ninguno teme, á cuenta de servir á tan buen Esposo y Señor, y con razon, que la tiene este pariente ó amigo que hemos dicho. Pues ya habeis leído, hijas, de un santo que no por hijo, ni por amigo, sino porque debía bien haber llegado á esta ventura tan buena de que le hubiese Dios dado esta paz, y por contentar á su Majestad y imitarle en algo de lo mucho que hizo por nosotros, se fué á trocar á tierra de moros por hijo de una viuda que vino á él fatigada, y habeis leído cuán bien le sucedió y con la ganancia que vino. ¡Creería yo no dejaria su entendimiento de presentarle algunas más razones de las que dije, porque era obispo y habia de dejar sus ovejas, y por ventura ternia temores. Mirá una cosa que se me ofrece ahora y viene á

propósito para los que de su natural son pusilánimes y de ánimos flacos, y por la mayor parte son mujeres, y aunque en ello de verdad su alma haya llegado á este estado, su flaco natural teme. Es menester tener aviso, porque esta flaqueza natural nos hace perder una gran corona. Quando os halláredes con esta pusilanimidad acudid á la fe y humildad, y no dejes de acometer con fe, que Dios lo puede todo, y así pudo dar fortaleza á muchas niñas santas, y se la dió para pasar tantos tormentos, que se determinaron á pasar por Él. Desta determinacion quieré hacerle señor, desle libre albedrio, que no há menester el nuestro esfuerzo de nada; ántes gusta su Majestad de querer que resplandezcan sus obras en gente flaca, porque hay más lugar de obrar su poder y de cumplir el deseo que tiene de hacernos mercedes. Para esto os han de aprovechar las virtudes que Dios os ha dado, para hacer con determinacion y dar de mano á las razones del entendimiento y vuestra flaqueza, para no dar lugar á que crezca con pensar si será ó no quizá por mis pecados no merecer yo que me dé la fortaleza que á otros. No es ahora tiempo de pensar vuestros pecados: dejadlos aparte, que no es con sazón esta humildad: es á mala coyuntura. Quando os quisieren dar una cosa muy honrosa, ó

cuando el demonio os incita á vida regalada ó á otras cosas semejantes, temed, que por vuestros pecados no lo podréis llevar con rectitud; mas cuando hubiéredes de padecer algo por vuestro Señor ó por el prójimo, no hayais miedo á vuestros pecados. Con tanta caridad podréis hacer una obra de éstas que se los perdone todos, y esto teme el demonio; y por esto os la trae á la memoria entónces. Y tened por cierto que nunca dejará el Señor á sus amadores, cuando por sólo Él se aventuran. Si llevan otros intentos de interese propio eso mirén, que yo no hablo con los que pretenden contentar con mayor profesion al Señor. Y agora en nuestros tiempos conozco yo una persona, y vosotras la visteis, que me vino á ver á mí, que la movia el Señor con tan gran caridad, que le costó hartas lágrimas no poderse ir á trocar por un cativo. Él lo trató conmigo (era de los Descalzos de fray Pedro de Alcántara), y despues de muchas importunaciones recaudó licencia de su general, y estando cuatro leguas de Argel, que iba á cumplir su buen deseo, le llevó el Señor consigo. ¡Y á buen seguro que llevó buen premio! Pues qué de discretos habia, que le decian era disbarate. A los que no llegamos á amar tanto al Señor así nos parece. ¿Y cuán mayor disbarate que acabárenos es-

te sueño de esta vida con tanto seso? Que plega á Dios merezcamos entrar en el cielo, quanto más ser de estos que tanto se aventajaron en amar á Dios. Ya yo veo es menester grande ayuda suya para cosas semejantes; y por esto os aconsejo, hijas, que siempre con la Esposa pidais esta paz tan regalada, porque así señorea todos estos temorcillos del mundo, que con todo sosiego y quietud le da batería. ¿No está claro, que á quien Dios hiciere tan gran merced de juntarse con un alma en tanta amistad, que la ha de dejar bien rica de bienes suyos? Porque cierto estas cosas no pueden ser nuestras. El pedir y el desear nos haga esta merced podemos, y aun esto con su ayuda: que lo demas, ¿qué ha de poder un gusano, que el pecado le tiene tan acobardado y miserable que todas las virtudes imaginamos tasadamente con nuestro bajo natural? ¿Pues qué remedio, hijas? Pedir con la Esposa: — *bésemel Señor, etc.*

Si una labradorcilla se casase con el rey, y tuviese hijos, ¿ya no quedan de sangre real? Pues si á un alma nuestro Señor hace tanta merced, que tan sin division se junte con ella, ¿qué deseos, qué efectos, qué hijos de obras heróicas podrán nacer de allí, si no fuere por su culpa? Por esto os torno á decir que para cosas semejantes

si el Señor os hiciere merced que ofrezcan hacerlas por Él, que no hagais caso de haber sido pecadoras. Es menester aquí que señoree la fe á nuestra miseria y no os espanteis si al principio de determinaros, y aun despues, sintiéredes temor y flaqueza: no hagais caso de ello, si no es para avisaros más: dejad hacer su oficio á la carne. Mirá que dice el buen Jesus en la oracion del huerto — La carne es enferma y acuérdeseos de aquel tan admirable y lastimoso sudor; pues si aquella carne divina y sin pecado dice su Majestad que es enferma ¿ cómo queremos acá la nuestra tan fuerte que no sienta la persecucion, que le pueda venir y los trabajos? en ellos mismos será como sujeta ya la carne al espíritu. Junta su voluntad con la de Dios no se queja. Ofréceseme ahora como nuestro buen Jesus muestra la flaqueza de su humanidad ántes de los trabajos y en el golfo de ellos gran fortaleza, que, no sólo quejarse, mas en el semblante no hizo cosa por donde pareciese que padecía con flaqueza. Cuando iba al huerto dijo — Triste está mi ánima hasta la muerte; y estando en la cruz, que era estar ya pasando la muerte, no se queja. Cuando en la oracion del huerto iba á despertar á los Apóstoles, pues con más razon se quejará á su Madre cuando estaba al pié de la cruz y no dor-

mía sino padeciendo en su alma y muriendo dura muerte, y siempre nos consuela mas quejarnos á los que sabemos sienten nuestros trabajos y nos aman más. Así que no nos quejemos de temores, ni nos desanime ver flaco nuestro esfuerzo, sino procuremos fortalecernos de humildad, y entender claramente lo poco que podemos de nosotras, y que si Dios no nos favorece no somos nada y confiar en su misericordia y desconfiar de todo punto de nuestras fuerzas y que estribar en ello es toda la flaqueza, que no sin mucha causa lo mostró nuestro Señor, que claro está que no lo temia pues era la misma fortaleza, sino para consuelo nuestro y porque entendamos lo que nos conviene ejercitar con obras nuestros deseos, y miremos que á los principios de mortificarse un alma todo se le hace penoso: si comienza á dejar regalos pena, si á dejar honra tormento, si á sufrir una palabra mala intolerable, en fin, nunca le faltan tristezas hasta la muerte. Como acabáre á determinarse á morir al mundo verse ha libre de estas penas; y todo al contrario no haya miedo que se queje. Ya ha alcanzado la paz que pide la Esposa.

Por cierto que pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para de-

jarnos ricas, ¿cuánto más de tantas? Sino que no parece sino cumplimiento el llegar-nos á Él, y así nos luce tan poco. ¡Oh miserable mundo, que así tienes atapados los ojos de los que viven en tí, que no vean los tesoros con que podrían granjear riquezas perpétuas! ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¿Qué es posible que áun estando en esta vida mortal, se pueda gozar de Vos con tan particular amistad? ¿Y qué tan á las claras lo diga el Espíritu Santo en estas palabras, y que áun no lo queramos entender, que son los regalos con que tratais con las almas en estos Cánticos? ¡Qué requiebros, qué suavidades, que había de bastar una palabra destas á deshacernos en Vos! Seáis bendito, Señor, que por vuestra parte no perderémos nada. ¡Qué de caminos, por qué de maneras, por qué de modos nos mostrais el amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo cada día injurias, y perdonando, y no sólo con esto, sino con unas palabras tan heridoras para el alma que os ama, que la decís en estos Cánticos, y le enseñais que os diga, que no sé yo cómo se pueden sufrir, si Vos no ayudais, para que las sufra quien las siente, no como ellas merecen, sino conforme á nuestra flaqueza. Pues, Señor mio, no os pido otra cosa en esta vida, sino que me *beseis con*

*bese de vuestra boca*, y que sea de manera que aunque yo me quiera apartar de esta amistad y union, esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad á no salir de la vuestra, que no haya cosa que me impida pueda yo decir, Dios mio y gloria mia, con verdad, que *son mejores tus pechos y más sabrosos que el vino*.

#### CAPÍTULO IV.

Del amor de Dios dulce, suave y deleitoso, que nace del morar Dios en el alma en la oracion de quietud, significada en esta palabra, *Pechos de Dios*.

*Más valen tus pechos que el vino, que dan de sí fragancia de muy buenos olores.*

¡Oh, hijas mías, qué secretos tan grandes hay en estas palabras! Dénoslo nuestro Señor á sentir, que harto mal se puede decir. Cuando su Majestad quiere por su misericordia cumplir esta peticion á la Esposa, es una amistad la que comienza á tratar con el alma, que solas las que la experimentais, la entenderéis, como digo. Mucho della tengo escrito en dos libros (que si el Señor es servido, veréis despues que me muera), y muy menuda y largamente, porque veo que los habréis menester, y así aquí no haré más que tocarlo: no se si acertaré por las mismas palabras que allí quiso el Señor declarallo. Siéntese una

suavidad en lo interior del alma tan grande, que se da bien á sentir estar de ella vecino nuestro Señor. No es ésta sólo una devocion que ahí mueve á lágrimas muchas, y éstas dan satisfaccion, ó por la Pasion del Señor, ó por nuestro pecado, aunque en esta oracion de que hablo, que llamo yo de quietud, por el sosiego que hace en todas las potencias, que parece la persona tiene muy á su voluntad, aunque algunas veces se siente de otro modo, quando no está el alma tan engolfada en esta suavidad, parece que todo el hombre interior y exterior conhorta, como si le echasen en los tuétanos una uncion suavísima, á manera de un gran olor; como si entrásemos en una parte de presto donde le hubiese grande, no de una cosa sola, sino muchas y ni sabemos qué es, ni donde está aquel olor, sino que nos penetra todas. Ansí parece es este amor suavísimo de nuestro Dios: se entra en el alma y es con gran suavidad y la contenta y satisface y no puede entender cómo ni por dónde entra aquel bien: querría no perderle, querría no menearse, ni hablar, ni aun mirar, porque no se le fuese. Porque á donde he dicho digo lo que el alma ha de hacer aquí para aprovecharnos, y esto no es sino para dar á entender algo de lo que voy tratando, no quiero alargarme más de que en esta

amistad que ya el Señor muestra aquí al alma, que la quiere tan particular con ella, que no haya cosa partida entre entramos. Se le comunican grandes verdades; porque está luz que la deslumbra, por no entender ella lo que es, la hace ver la vanidad del mundo: no ve al buen maestro que la enseña; aunque entiende claro que está con ella, mas queda tan bien enseñada, y con tan grandes efetos y fortaleza en las virtudes, que no se conoce despues; ni querría otra cosa hacer, sino alabar al Señor; y está, cuando está en este gozo, tan embebida y absorta, que no parece que está en sí, sino con una manera de borrachez divina, que no sabe lo que quiere, ni qué dice, ni qué pide. En fin, no sabe de sí, mas no está tan fuera de sí, que no entienda algo de lo que pasa. Mas quando este Esposo riquísimo la quiere enriquecer y regalar más, conviértela tanto en Sí, que como una persona que el gran placer y contento la desmaya, le parece se queda suspendida en aquellos divinos brazos, y arrimada á aquel sagrado costado, y aquellos pechos divinos: no sabe más de gozar, sustentada con aquella leche divina que la va criando su Esposo, y mejorándola para poderla regalar, y que merezca cada día mas. Quando despierta de aquel sueño, y de aquella embriaguez celestial, queda como cosa es-

pantada y embobada, y con un santo desatino, me parece á mi que puede decir estas palabras—*Mejores son tus pechos que el vino.* Porque cuando estaba en aquella borrachez, parecia que no habia más que subir; mas cuando se vió en más alto grado, y toda empapada en aquella inmemorable grandeza de Dios, y se ve quedar tan sustentada, delicadamente lo comparó y así dice—*Mejores son tus pechos que el vino.* Porque así como un niño no entiende cómo crece, ni sabe cómo mama, que aún sin buscar mamar él ni hacer nada, muchas veces le echan la leche en la boca, así es aquí, que totalmente el alma no sabe de sí, ni hacer nada, ni sabe cómo ni por dónde, no lo puede entender, le vino aquel bien tan grande. Sabe que es el mayor que en la vida se puede gustar, aunque se junten juntos todos los deleites y gustos del mundo. Vese criada y mejorada, sin saber cuándo lo mereció; enseñada en grandes verdades, sin ver el Maestro que la enseña; fortalecida en las virtudes, regalada de quien tan bien lo sabe, y puede hacer: no sabe á qué lo comparar, sino á el regalo de la madre, que ama mucho al hijo, y le cria y regala. Porque es al propio esta comparacion, que así está el alma elevada y tan sin aprovecharse de su entendimiento, en parte como un niño recibe

aquel regalo, y deléitase en él, mas no tiene entendimiento para entender cómo le viene aquel bien, que en el adormecimiento pasado de la embriaguez, no está el alma tan sin obrar, que algo entiende y obra, porque entiende estar cerca de Dios, y así con razon dice—*Mejores son tus pechos que el vino.* Grande es, Esposo mio, esta merced, sabroso convite, precioso vino me dais, que con sola una gota me hace olvidar de todo lo criado, salir de las criaturas y de mí, para no querer ya los contentos y regalos, que hasta aquí queria mi sensualidad. Grande es éste, no le merecia yo. Despues que su Majestad se le hizo mayor y la llegó más á sí, con razon dice—*Mejores son tus pechos que el vino;* gran merced era la pasada, Dios mio, mas muy mayor es esta, porque hago yo ménos en ella; y así es de todas maneras mejor. Gran gozo es y deleite del alma cuando llega aquí. Oh, hijas mias; déos nuestro Señor á entender, ó por mejor decir, á gustar (que de otra manera no se puede entender), que es del gozo del alma cuando está así. Allá se avengan los del mundo con sus riquezas, y con sus deleites, y con sus honras, y con sus manjares, que si todo lo pudiesen gozar sin los trabajos que traen consigo (lo que es imposible) no llegará en mil años al contento que en un momento

tiene un alma, á quien el Señor llega aquí. San Pablo dice: que no son dinos, todos los trabajos del mundo para la gloria que esperamos: yo digo, que no son dinos, ni pueden merecer una hora de esta satisfacion, que aquí da Dios al alma, y gozo y deleite. No tiene comparacion á mi entender, ni se puede merecer un regalo tan regalado de nuestro Señor, una union tan unida, un amor tan dado á entender, y gustar con las bajezas de las cosas del mundo. ¡Donosos son sus trabajos para compararlos á esto! Que si no son pasados por Dios, no valen nada; y si lo son, su Majestad los da tan medidos con nuestras fuerzas, que de miserables y pusilánimes los tememos tanto. ¡Oh cristianos! ¡Oh hijas mías! Despertemos ya, por amor del Señor, de este sueño, y miremos, que aún no nos guarda para la otra vida el premio de amarle: en esta comienza la paga. ¡Oh Jesus mio! ¡Quién pudiese dar á entender la ganancia que hay de arrojarnos en los brazos de este Señor nuestro, y hacer un concierto con su Majestad, que mire yo á mi amado y mi amado á mí; y mire Él por mis cosas, y yo por las suyas! no nos queramos tanto, que nos saquemos los ojos, como dicen. Torno á decir, Dios mio, y á suplicaros por la sangre de vuestro Hijo, que me hagais esta merced, *béseme con beso*

*de su boca*, que sin Vos, ¿qué soy yo, Señor? Si no estoy junto á Vos, ¿qué valgo? Si me desvió un poquito de vuestra Majestad, ¿á dónde voy á parar? ¡Oh, Señor mio y misericordia mia y bien mio! y ¿qué mejor quiero yo en esta vida que estar tan junto á Vos, que no haya division entre Vos y mí? Con esta compañía ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede emprender por Vos, teniéndoos tan junto? ¿Qué hay que agradecerme, Señor, que culparme muy mucho por lo que no os sirvo? Y ansí os suplico con San Agustín, con toda determinacion, que me deis lo que mandardes, y mandadme lo que quisierdes: no volveré las espaldas jamas con vuestro favor y ayuda. Ya yo veo, Esposo mio, que Vos sois para mí, no lo puedo negar. Por mí venisteis al mundo, por mí pasasteis tan grandes trabajos, por mí sufristeis tantos azotes, por mí os quedastes en el Santísimo Sacramento y ahora me haceis tan grandísimos regalos. Pues, Esposa santa, como dije yo, que Vos decís, ¡qué puedo hacer por mi Esposo! Por cierto, hermanas, que no sé cómo paso de aquí. ¿En qué será para Vos, mi Dios? ¿Qué puede hacer por Vos quien se dió tan mala maña? perder las mercedes que me habeis hecho. ¿Qué se podia esperar de sus servicios? Y ya que con vuestro favor haga algo, mirá



qué puede hacer un gusanillo, ¿para qué le há menester un poderoso Dios? ¡Oh amor, que en muchas partes querría decir esta palabra, porque sólo ÉL es quien se puede atrever á decir con la Esposa— ¡Yo amé á mi Amado! ÉL nos da licencia para que pensemos que ÉL tiene necesidad de nosotras este verdadero Amador, Esposo y bien mio. Pues nos da licencia, tornemos, hijas, á decir: mi Amado á mí, y yo á mi Amado. ¡Vos á mí, Señor! Pues si Vos venis á mí, ¿en qué dudo que puedo mucho serviros? Pues de aquí adelante, Señor, quieróme olvidar de mí, y mirar solo en qué os puedo servir y no tener voluntad sino la vuestra. Mas mi poder no es poderoso. Vos sois el poderoso, Dios mio: en lo que yo puedo, que es determinarme, desde este punto lo hago para ponerlo por obra.

### CAPÍTULO V.

Del amor firme, seguro y de asiento, que nace de verse el alma amparada de la sombra de la Divinidad, y de ordinario la suele Dios dar á los que han preservado en su amor y padecido trabajos por El, y del fruto grande que deste amor viene.

*Sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta.*

Ahora preguntemos á la Esposa: sepamos de esta bendita alma, llegada á esta boca divina, y sustentada con estos pechos

celestiales (para que sepamos si el Señor nos llega alguna vez á tan gran merced) qué hemos de hacer, cómo hemos de estar, qué hemos de decir. Lo que nos dice Es: «Asentéme á la sombra de aquel á quien habia deseado, y su fruto es dulce para mi garganta. Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad.» Dice: «Asentéme en la sombra del que habia deseado.»

¡Oh válame Dios, qué metida está el alma y abrasada en el mesmo sol! Dice que se sentó á la sombra del que habia deseado. Aquí no le hace sino manzano, y dice que es fruta dulce para mi garganta. ¡Oh almas que teneis oracion, gustad de todas estas palabras! ¿De qué manera podemos considerar á nuestro Dios? ¡Qué diferencia de manjares podemos hacer de Él! Es maná, que sabe conforme á lo que queremos que sepa. ¡Oh que sombra ésta tan celestial, y quién supiera decir lo que de esto da á entender el Señor! Acuérdomeme cuando el ángel dijo á la Virgen sacratísima Señora nuestra:—*La virtud del muy alto os hará sombra.* ¡Qué amparada se debe ver un alma cuando el Señor la pone en esta grandeza! Con razon se puede asentar y asegurar. Ahora notad que por la mayor parte, y cuasi siempre, si no es alguna persona que quiere nuestro Se-

ñor hacer algun señalado llamamiento (como hizo á san Pablo, que le puso luego en la cumbre de la contemplacion, y se le apareció y habló de manera, que quedó bien ensalzado desde luego) da Dios estos regalos tan subidos, y hace mercedes tan grandes á personas que han mucho trabajado en su servicio y deseado su amor, y procurado disponerse para que sean agradables á su Majestad todas sus cosas, ya cansadas de grandes años de meditacion y de haber buscado este Esposo, y cansadísimas de las cosas del mundo, que estas tales asiéntanse en la verdad, no buscan en otra parte su consuelo, sosiego, ni descanso, sino á donde entienden que con verdad le pueden tener: pónense debajo del amparo del Señor, no quieren otro. ¡Y cuán bien hacen de fiarse de su Majestad, que así como lo han deseado lo cumple! ¡Y cuán venturosa es el alma que merece estar debajo de esta sombra, aun para cosas que se pueden acá ver! que para lo que el alma puede entender, es otra cosa, segun he entendido muchas veces. Parece que estando el alma en el deleite que queda dicho, que se siente estar toda engolfada y amparada con una sombra y manera de nube de la Divinidad, de donde vienen influencias al alma y rocío tan deleitoso, que bien con razon qui-

tan el cansancio que le han dado las cosas del mundo. Una manera de descanso siente allí el alma, que aun la causa el haber de resollar; y las potencias tan sosegadas y quietas, que á un pensamiento, aunque sea bueno, no querria entónces admitir la voluntad ni le admite por vía de inquirirle ni procurarle. No há menester menear la mano, ni levantarse (digo la consideracion) para nada, porque cortado y guisado y aun comido le da el Señor de la fruta del morzano á que ella compara á su amado, y así dice, *que su fruto es dulce para su garganta*; porque aqui todo es gustar sin ningun trabajo de las potencias, y en esta sombra de la Divinidad, que bien se dice sombra, porque con claridad no la podemos acá ver, sino debajo de esta nube, hasta que el sol resplandeciente envía por medio del amor una noticia de que se está tan junto su Majestad, que no se puede decir, ni es posible. Sé yo, que á quien hobiere pasado por ello entenderá cuán verdaderamente se puede dar aqui este sentido á estas palabras, que dice la Esposa. *Paréceme á mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios, y el que la mueve con tan ardientes deseos, que la hace encender en fuego soberano, que tan cerca está.* ¡Oh Señor, que son aqui las misericordias que usáis con el

alma! Seais bendito y alabado para siempre, que tan buen amador sois. ¡Oh Dios mio y Criador mio! ¿Es posible que hay nadie que no os ame? ¡Oh triste de mí, y como soy yo la que mucho tiempo no os amé! ¿Por qué no merecí conoceros? Como baja sus ramas este divino manzano, para que unas veces las coja el alma considerando sus grandezas, y las muchedumbres de sus misericordias que ha usado con ella, y que vea y goce del fruto que sacó Jesucristo Señor nuestro de su Pasion, regando este árbol con su sangre preciosa, con tan admirable amor. Antes de ahora dice el alma que goza del mantenimiento de sus pechos divinos: como principiante en recibir estas mercedes, la sustentaba el Esposo: ahora va ya más crecida, y vala más habilitando para darle más: mantiénela con manzanas, quiere que vaya entendiendo lo que está obligada á servir y á padecer. Y aún no se contenta con todo esto (cosa maravillosa y de mirar mucho) de que el Señor entiende que un alma es toda suya, suya sin otro interés ni otras cosas que la muevan por sola ella, sino por quien es su Dios, y por el amor que tiene, como nunca cesa de comunicarse con ella, de tantas maneras y modos, como quien es la misma Sabiduría. Parecía que no habia más que dar en la

primera paz, y es lo que queda dicho, y muy más subida merced: queda mal dicho, porque no he hecho sino apuntarlo. En el libro que os he dicho, hijas, lo hallaréis con mucha mas claridad, si el Señor es servido que salga á luz. ¿Pues qué podremos ya desear más desto que ahora se ha dicho? ¡Oh válame Dios, y qué nonada son nuestros deseos para llegar á vuestras grandezas, Señor! ¡Qué bajos quedaríamos, si conforme á nuestro pedir fuese vuestro dar! Ahora miremos lo que dijo adelante desto la Esposa.

#### CAPÍTULO VI.

Del amor fuerte de suspension y arrobamientos, en el cual, pareciendo al alma que no hace nada, la ordena Dios la caridad, dándole virtudes heroicas.

*Melíome el Rey en la bodega del vino y ordenó en mi la caridad.*

Pues estando ya la Esposa descansando debajo de sombra tan deseada (y con tanta razon), ¿qué le queda que desear á un alma que llega aquí, sino es que no le falte aquel bien para siempre? A ella no parece que hay más que desear, mas á nuestro Rey sacratísimo fáltale mucho por dar: nunca querria hacer otra cosa si hallase á quién. Y como he dicho muchas veces, deseo, hijas, que nunca se os olvide, no se conten-

ta el Señor con darnos tan poco como son nuestros deseos: yo lo he visto acá en algunas cosas que comienza uno á pedir al Señor, le de en qué merezca y cómo padezca algo por El, no yendo su intento á más de lo que le parece sus fuerzas alcanzan (como Su Majestad las puede hacer crecer) en pago de aquello poquito que se determinó por el, dale tantos trabajos y persecuciones y enfermedades, que el pobre hombre no sabe de sí. A mí mesma me ha acaecido en tiempo de harta mocedad, y decir algunas veces: ¡Oh, Señor, que no querría yo tanto! Mas daba Su Majestad la fuerza de manera, y la paciencia, que áun ahora me espanto cómo lo podia sufrir; y no trocaría aquellos trabajos por todos los tesoros del mundo. Dice la Esposa: *Entróme el Rey*. ¡Oh cuánto hinche aquí este nombre, Rey poderoso, y ver que no tiene superior, ni acabará su reinar para sin fin! Y el alma que está así, á buen seguro que no le faltase mucho para conocer de la grandeza deste Rey, que todo lo que es, es imposible en esta vida mortal.

Dice que *la entró en la bodega del vino y ordenó en mí la caridad*. Entiendo yo de aquí que es grande la grandeza de esta merced. Porque puede ser dar á beber más ó ménos de un vino, y de un vino bueno, y otro mejor, y embriagar y emborrachar

á uno más ó ménos: así en las mercedes del Señor, que á uno da poco vino de devocion, á otro más, á otro crece de manera, que le comienza á sacar de sí y de su sensualidad, y de todas las cosas de la tierra; á otros da hervor grande en su servicio, á otros ímpetus, á otros gran caridad con los prójimos, de manera que andan tan embebidos, que no sienten los trabajos grandes que aquí pasan: mas lo que dice la Esposa es mucho junto. *Meterla en la bodega*, para que allí más sin tasa pueda salir rica: No parece que el Rey quiere dejarle nada por dar, sino que beba, conforme á su deseo, y se embriague bien, bebiendo de todos esos vinos que hay en la despensa de Dios. Gócese de esos goces, admirese de sus grandezas, no toma perder la vida de beber tanto, que sea sobre la flaqueza de su natural: muérase en ese paraíso de deleites. ¡Bienaventurada tal muerte que así hace vivir! Y verdaderamente así lo hace, porque son tan grandes las maravillas que el alma entiende, sin entender cómo lo entiende, que queda tan fuera de sí, como ella misma lo dice en decir: *Ordenó en mí la caridad*.

¡Oh palabras que nunca se habian de olvidar al alma, á quien nuestro Señor regala! ¡Oh soberana merced, y que sin poderse merecer, si el Señor no diese caudal

para ello! Bien, que áun para amar no se halla despierta: mas bienaventurado sueño, dichosa embriaguez, que hace suplir al Espóso lo que el alma no puede, que es dar órden tan maravillosa, que estando todas las potencias muertas ó dormidás, quede el amor vivo; y que sin entender cómo obra, ordene el Señor que obre tan maravillosamente, que esté hecha una cosa con el mesmo Señor del amor, que es Dios, con una limpieza grande; porque no hay quien le estorbe, ni sentidos ni potencias; digo ni entendimiento y memoria: tampoco la voluntad se entiende.

Pensaba yo ahora si es cosa que hay alguna diferencia la voluntad y el amor. Y páreceme que sí, no sé si es bobería: páreceme que es el amor una saeta que envía la voluntad, que si va con toda la fuerza que ella tiene, libre de todas las cosas de la tierra, empleada en sólo Dios, muy de verdad debe de herir á Su Majestad; de suerte que, metida en el mesmo Dios, que es amor, torna de allí con grandísimas ganancias, como diré: y es así, que informado de algunas personas, á quien ha llegado nuestro Señor á tan gran merced en la oración, que los llega á este embebecimiento santo con una suspensión, que áun en lo exterior se ve que no están en sí, preguntadas lo que sienten, en ninguna manera

lo saben decir, ni supieron, ni pudieron entender cosa de cómo obra allí el amor. Entiéndese bien las grandísimas ganancias que saca un alma de allí, por los efectos, y por las virtudes, y la viva fe que le queda y el desprecio del mundo. Mas cómo se le dieron estos bienes, y lo que el alma goza aquí ninguna cosa se entiende, si no es al principio cuando comienza, que es grandísima la suavidad. Así que está claro ser lo que dice la Esposa, porque la sabiduría de Dios suple aquí por el alma, y El ordena cómo gane tan grandísimas mercedes en aquel tiempo, porque estando tan fuera de sí, y tan asorta, que ninguna cosa puede obrar con las potencias, ¿cómo había de merecer? Pues es posible que la hace Dios merced tan grande, para que pierda el tiempo y no gane nada en El, no es de creer. ¡Oh secretos de Dios! Aquí no hay más de rendir nuestros entendimientos y pensar que para entender las grandezas de Dios no valen nada. Aquí viene bien el acordarnos, cómo lo hizo con la Virgen nuestra Señora con toda la sabiduría que tuvo, y cómo preguntó al ángel: *¿Cómo será esto?* En diciéndola: *El Espíritu Santo sobreverná en tí, y la virtud del muy alto te hará sombra*, no curó de más disputar como quien tenía tan gran fe y sabiduría, entendió luego, que entrevi-

niendo estas dos cosas, no habia más que saber ni dudar. No como algunos letrados, que no les lleva el Señor por este modo de oracion, ni tienen principio de espíritu, qué quieren llevar las cosas por tanta razon, y tan metidas por sus entendimientos, que no parece sino que han ellos con sus letras de comprender todas las grandezas de Dios. ¡Si prendiesen algo de la humildad de la Virgen sacratísima! ¡Oh, Señora mia, cuán al cabal se puede entender por Vos lo que pasa Dios con la Esposa, conforme á lo que dice en los Cánticos! Y así ver podeis, hijas, en el Oficio que rezamos de nuestra Señora cada semana, lo mucho que está dello en Antifonas y Lecciones. En otras almas podránlo entender cada uno, como Dios lo quiere dar á entender, que muy claro podrá ver si ha llegado á recibir algo de estas mercedes, semejantes á esto que dice la Esposa: *Ordénó en mí la caridad*. Porque no saben á dónde estuvieron, ni cómo en regalo tan subido contentaron al Señor, ni qué se hicieron, pues no le daban gracias por ello. ¡Oh, alma amada de Dios! no te fatigues, que cuando Su Majestad te llega á tí y te habla tan regaladamente, como verás en muchas palabras que dice en los cánticos á la Esposa, como *Toda eres hermosa, amiga mia*, y otras, como digo, muchas, en que mues-

tra el contento que tiene de ella: de creer es que no consentirá que le descontente á tal tiempo, sino que le ayudará á lo que ella no supiere para contentarse de ella más. Véla perdida de sí, enajenada por amarle, y que la mesma fuerza del amor le ha quitado el entendimiento para poderle más amar; sí, ¿qué no ha de sufrir dejar de darse á quien se le da toda? Paréceme á mí que va Su Majestad esmaltando sobre este oro, que ya tiene aparejado con sus dones, y tocado para ver de qué quilates es el amor que le tiene, por mil maneras y modos, que el alma que llega aquí podrá decir. Esta alma, que es el oro, estáse en este tiempo sin hacer más movimiento, ni obrar más por sí, que estaria el mesmo oro y la divina sabiduría; contenta de verla así: como hay tan pocas que con esta fuerza le amen, va asentando en este oro muchas piedras preciosas y esmaltes con mil labores. Pues esta alma, ¿qué hace en este tiempo? Esto es lo que no se puede entender, ni saber más de lo que dice la Esposa: *Ordénó en mí la caridad*.

Ella al ménos si ama, no sabe cómo, ni entiende qué es lo que ama: el grandísimo amor que la tiene el Rey que la ha traído á tan gran estado, debe de haber juntado el amor de esta alma á Sí, de manera que no lo merece entender el entendimiento,

sino estos dos amores se tornan uno; y puesto tan verdaderamente, y junto con el de Dios, ¿cómo le ha de alcanzar el entendimiento? Piérdele de vista en aquel tiempo, que nunca dura mucho, sino con brevedad, y allí le ordena de manera Dios, que sabe bien contentar á Su Majestad entónce, y áun despues, sin que el entendimiento lo entienda, como queda dicho. Mas entiéndelo bien despues que ve esta alma esmaltada y compuesta de piedras y perlas de virtudes, que le tienen espantado y puede decir: *¿Quién es ésta que ha quedado como el sol?* ¡Oh verdadero Rey, y qué razon tuvo la Esposa de poneros este nombre! Pues en un momento podeis dar riquezas y ponerlas en un alma, que se gozan para siempre. ¡Qué ordenado deja el amor en esta alma!

Yo podré dar buenas señas de esto, porque he visto algunas. De una me acuerdo ahora, que en tres dias la dió el Señor bienes, que si la experiencia de haber ya algunos años, y siempre mejorando, no me lo hicieran creer, no me parecía posible; y áun á otra en tres meses, y entramas eran de poca edad. Otras he visto, que despues de mucho tiempo les hace Dios esta merced: y he dicho de estas dos, y de alguna otras podia decir, porque he escrito aquí que son pocas las almas, que sin haber

pasado muchos años de trabajos, les hace nuestro Señor estas mercedes, para que se entienda con algunas. No se ha de poner tasa á un Señor tan grande, y tan ganoso de hacer mercedes. Acaece, y esto es casi ordinario, cuando el Señor llega á un alma á hacerla estas mercedes (digo que sean mercedes de Dios, no sean ilusiones ó melancolias ó ensayos que hace la misma naturaleza; esto el tiempo lo viene á descubrir, y áun esotro tambien, porque quedan las virtudes tan fuertes y el amor tan encendido, que no se encubre, porque siempre, áun sin querer, aprovechan á otras almas). *Ordenó en mí el Rey la caridad, tan ordenada, que el amor que tenia al mundo se le quita, y el que así le vuelve en desamor, y el que á sus deudos queda de suerte que sólo los quiere por Dios; y el que á los enemigos, no se podrá creer sino se prueba; es muy crecido el que á Dios, tan sin tasa, que la aprieta algunas veces más de lo que puede sufrir su bajo natural, y como ve que ya desfallece y va á morir, dice: *Sostenéme con flores, y acompañaadme con manzanas, porque desfallezco de mal de amores.**

CAPÍTULO VII.

Del amor de Dios provechoso, que es el sumo grado de amor, y tiene dos partes. La primera, cuando el alma por solo el deseo de agradar á Dios, ejecuta obras grandes de su servicio. La segunda, cuando á imitacion de Cristo crucificado pide y desea tribulaciones.

*Sostenéme con flores, y acompañadme con manzanas, porque desfaltezco de mal de amores.*

¡Oh qué lenguaje tan divino este para mi propósito! ¿Cómo, Esposa santa, mata os la suavidad? porque segun he sabido, algunas veces es tan excesiva, que deshace el alma de manera, que no parece ya que la hay para vivir, y pedís flores. ¿Qué flores son éstas? Porque éste no es el remedio, salvo si no le pedís para acabar ya de morir, que á la verdad no se desea cosa más cuando el alma llega aquí. Mas no viene bien, porque dice — *Sostenéme con flores*: y el sostener no me parece que es pedir la muerte, sino querer con la vida servir en algo á quien tanto ve que debe. No penseis, hijas, que es encarecimiento decir que muere, sino que, como he dicho, pasa en hecho de verdad. Que el amor obra con tanta fuerza algunas veces, que se enseñorea de manera sobre todas las fuerzas del sujeto natural, que sé de una persona, que estando en oracion semejante, oyó cantar una buena voz, y certifica que, á su parecer, si el canto no cesára, iba

ya á salirse el alma, del gran deleite y suavidad que nuestro Señor le daba á gustar, y así proveyó su Majestad que dejase el canto quien cantaba, que la que estaba en esta suspension bien se podia morir, mas no decir que cesase; porque todo el movimiento exterior estaba sin poder hacer operacion ninguna, ni bullirse, y este peligro en que se vía se entendia bien; mas de un arte como quien está en un sueño profundo de cosa que querria salir della, y no puede hablar, áun que quiera. Aquí el alma no querria salir de ella, ni le seria penoso, sino grande contentamiento, que eso es lo que desea. ¡Y cuán dichosa muerte sería á manos de este amor! sino que algunas veces dále su Majestad luz de que es bien que viva, y ella ve no lo podrá su natural flaco sufrir, si mucho dura aquel bien, y pidele otro bien para salir de aquel tan grandísimo, y así dice — *Sostenéme con flores*. De otro olor son esas flores que las que acá olemos. Entiendo yo aquí, que pide hacer grandes obras en servicio de nuestro Señor y del prójimo, y por esto huelga de perder aquel deleite y contento; que aunque es vida más ativa que contemplativa, y parece perderá si le concede esta petición, cuando el alma está en este estado, nunca dejan de obrar casi juntas Marta y María, porque en lo



atiyo, y que parece exterior, obra lo interior, y cuando las obras ativas salen de esta raíz, son admirables y olorosisimas flores, porque proceden de este árbol de amor de Dios, y por solo Él, sin ningun interes propio, y extiéndese el olor de estas flores, para aprovechar á muchos, y es olor que dura: no pasa presto, sino que hace gran operacion.

Quíerome declarar más, porque lo entendais. Predica uno un sermón, con intento de aprovechar las almas, mas no está tan desasido de provechos humanos, que no lleva alguna pretension de contentar, ó por ganar honra ó crédito, ó que si está puesto á llevar alguna calonjia por predicar bien. Ansi son otras cosas que hacen en provecho de los prójimos muchos, y con buena intencion; mas con mucho aviso de no perder por ellos ni descontentar. Temen persecucion: quieren tener gratos los reyes y señores y el pueblo: van con la discrecion que el mundo tanto honra; ésta es amparadora de hartas imperfecciones, porque le ponen nombre de discrecion, y plega al Señor que lo sea. Estos servirán á su Majestad, y aprovechan mucho, mas no son así las obras que pide la Esposa, á mi parecer, y las flores, sino un mirar á sola honra y gloria de Dios en todo. Que verdaderamente á las almas que

el Señor llega aqui, segun he entendido de algunas, creo no se acuerdan mas de sí, que si no fuesen, para ver si perderán ó ganarán, sólo miran al servir y contentar al Señor, porque saben el amor que tiene á sus criados, gustan de dejar su sabor y bien por contentarle en servirlos, y decirles las verdades, para que se aprovechen sus almas, por el mejor término que pueden, ni se acuerdan, como digo, si perderán ellos: la ganancia de sus prójimos tienen presente, y no más; por contentar más á Dios, se olvidan á sí por ellos, y pierden la vida en la demanda, como hicieron muchos mártires, y envueltas sus palabras en este tan subido amor de Dios, emborrachadas de aquel vino celestial, no se acuerdan, y si se acuerdan, no se les da nada descontentar á los hombres: estos tales aprovechan mucho. Acuérdomo ahora lo que muchas veces he pensado de aquella santa Samaritana, que herida debia de estar de esta yerba, y cuán bien habia comprendido en su corazon las palabras del Señor, pues deja al mismo Señor, porque ganen y se aprovechen los de su pueblo, que da bien á entender esto que voy diciendo: y en pago de esta tan gran caridad mereció ser creida, y ver el gran bien que hizo nuestro Señor en aquel pueblo. Paréceme que debe de ser uno de los

grandísimos consuelos que hay en la tierra, ver uno almas aprovechadas por medio suyo. Entónces me parece se come el fruto gustosísimo de estas flores. Dichosos á los que el Señor hace estas mercedes, bien obligados están á servirle. Iba esta santa mujer con aquella borrachez divina dando gritos por las calles. Lo que me espanta á mí es ver cómo la creyeron una mujer, y no debía de ser de mucha suerte, pues iba por agua: de mucha humildad sí, pues cuando el Señor la dijo sus faltas, no se agravió (como lo hace ahora el mundo, que son malas de sufrir las verdades) sino díjole, que debía ser profeta. En fin, le dieron crédito, y, por solo su dicho, salió gran gente de la ciudad á ver al Señor. Así digo que aprovechan mucho los que despues de estar hablando con su Majestad algunos años, ya que reciben regalos y deleites suyos, no quieren dejar de servir en las cosas penosas, aunque se estorben estos deleites y contenidos: digo que estas flores y obras salidas y producidas del árbol de tan herviente amor, dura su olor mucho mas, y aprovecha más un alma de estas con sus palabras y obras, que muchos que las hagan con el polvo de nuestra sensualidad, y con algun interese propio.

Destas produce la fruta: estos son los

manzanos que luégo dice la Esposa — *Acompañadme de manzanos*. Dadme, Señor, trabajos, dadme persecuciones; verdaderamente los desea, y áun salen bien de ellos; porque, como ya no mira su contento, sino el contentar á Dios, su gusto es en imitar en algo la vida trabajosísima que Cristo vivió. Entiendo yo por el manzano el árbol de la cruz, porque dijo en otro cabo en los Cantares: *Debajo del árbol manzano te resucité*: y un alma, que está rodeada de cruces de trabajos, gran remedio espera. No está tan de ordinario en el deleite de la contemplacion; tiénle grande en padecer, mas no la consume y gasta la virtud, como lo debe hacer, si es muy ordinario esta suspension de las potencias en la contemplacion. Y tambien tiene razon de pedir esto, que no ha de ser siempre gozar sin servir ni trabajar en algo. Yo lo miro con advertencia en algunas personas (que muchas no las hay por nuestros pecados) que mientras más adelante están en esta oracion y regalos de nuestro Señor, más acuden á los regalos y salvacion de los prójimos, en especial á las de las ánimas, que por sacar una de pecado mortal, parecen darán muchas vidas, como dije al principio.

¡Quién hará creer esto á los que comienzan nuestro Señor á dar regalos! Sino que

quizá les parecerá trayn estotros la vida mal aprovechada, y que estarse ellos en su rincón gozando de ésto, es lo que hace al caso. Es providencia del Señor, á mi parecer, no entender éstos á dónde llegan estotras almas; porque en el hervor de los principios, querrian luego dar salto hasta allí, y no les conviene, porque áun no están criadas, sino que es menester que se sustenten más días con la leche que dije al principio. Estéense cabe aquellos divinos pechos, que el Señor terná cuidado, cuando estén ya con fuerzas, de sacarlas á más, porque no harian el provecho que piensan, ántes se le dañarian á sí. Y porque en el libro que os he dicho hallaréis cuando ha un alma de desear salir aprovechar á otras, y el peligro que es salir ántes de tiempo muy por menudo, no lo quiero decir aquí, ni alargarme más en esto, pues mi intento fué, cuando lo comencé, daros á entender cómo podréis regalaros, cuando oyerdes algunas palabras de los Cánticos, y pensar (aunque son á entender vuestro oscuras) los grandes misterios que hay en ellas; y alargarme más, sería atrevimiento. Plega al Señor no lo haya sido lo que he dicho, aunque ha sido por obedecer á quien me lo ha mandado. Sírvase su Majestad de todo, que si algo bueno va aquí, bien creeréis no es mío, pues ven

las hermanas que están conmigo con la prisa que lo he escrito, por las muchas ocupaciones. Suplicá á su Majestad que yo lo entienda por experiència. A la que le pareciere que tiene algo de esto, alabe á nuestro Señor, y pídale esto postrero, porque no sea para sí sola la ganancia. Plega á nuestro Señor nos tenga de su mano, y enseñe siempre á cumplir su voluntad.  
*Amén.*